

El destino de Robb

Violeta Camaleón



Capítulo 1

Sus pequeñas piernas no podían avanzar más rápido. A pesar de que el suelo estaba resbaladizo debido a la cantidad de lluvia caída durante todo el día, él no dejaba de correr. No se atrevía a mirar atrás, por si lo que descubriría le paralizaba de miedo. La noche resultaba tan fría que su respiración se materializaba en vaho que surgía de su boca. Estaba exhausto, pero no podía parar; si lo hacía, en pocos segundos estaría muerto.

Todo en su vida había dado un vuelco en doce horas. A pesar de su corta edad, tenía la impresión de que había envejecido varios años en los últimos minutos. Mientras avanzaba en su huída, no dejaba de dar vueltas a los sucesos acaecidos ese último día de octubre en Maskervet.

Aquella mañana de Domingo, Robb permanecía en cama aprovechando que no tenía que ir a la escuela.

- Robby, cariño, despierta, que tienes que hacer recados-. Su madre siempre le buscaba obligaciones innecesarias.

- Vamos mamá, que es domingo. ¡Déjame descansar un poco más!

- Sabes que los animales comen todos los días. ¿ O acaso tú no deseas desayunar? Quizá como es domingo, no te apetecen las tortas de avena...- respondió su madre con una sonrisa picarona.

- Está bien, ya me levanto- contestó Robb-. Siempre tienes que fastidiar mi descanso-. Tras levantarse del camastro de cálido heno, el chico comenzó a tiritar al poner sus pies sobre el frío piso. El otoño avanzaba, y pese a que en la cabaña de la familia Chesterin tenían el privilegio de contar con una pequeña chimenea que servía a su vez de hogar, los huecos de las ventanas no protegían de las inclemencias de un tiempo cada vez más desapacible.

Mientras Robb acababa sus tortitas, organizaba el día en su mente. " Daré de comer a las vacas y a las gallinas tan rápido como pueda. De ese modo podré ir a tiempo a Vergen con el resto de muchachos".

Tras acabar las obligaciones en la granja, Robb salió disparado por el camino que se alejaba del pueblo hacia el bosque de Vergen. Allí esperaba encontrarse con sus amigos. Lo que se encontró en su lugar, fue algo de lo que le resultará imposible olvidarse. Algo que cambiará su destino y el

de todo un pueblo.

Capítulo 2

Tiria no podía evitar que una sonrisa recorriera todo su rostro. Aquel iba a convertirse en uno de los momentos más importantes de su vida. A pesar de contar tan solo con trece años de edad, ese día marcaría su futuro para siempre. A partir de esa noche, se convertiría en una de las 12 vestales de la diosa Cliret, adoradas en todo el pueblo de la isla de Ersol.

Ella era consciente del gran regalo que su nobleza (como hija del Gobernador de Oter) le proporcionaba. No en vano, había sido educada para este fin desde su más tierna infancia por los más sabios en cada una de las disciplinas más valoradas (filosofía, artes, matemáticas y medicina). Además, la propia Gran Maestra Vestal en persona había dedicado gran parte de su tiempo a compartir con ella los más recónditos conocimientos acerca de la magia y los auspicios de la diosa.

Al encontrarse frente a su imagen reflejada en el latón del espejo de su alcoba, lo que observó la llenó de orgullo. Una jovencita de rostro níveo, ojos almendrados de color miel y cabello largo, ondulado y castaño, la miraba orgullosa. Vestía una túnica de seda carmesí (color que simbolizaba la virginidad de las que se deben a la divinidad) y unas sandalias de tiras de piel anudadas en sus piernas. Como única joya, un pasador diminuto de oro recogía su pelo en una cola de caballo.

- Mi señora- dijo una voz desde el otro lado de la puerta-. Todo está ya dispuesto para su partida. Su padre desea verla en sus aposentos.

- En seguida voy, Dirly- respondió Tiria.

Poco sospechaba la joven entonces cuán distinta iba a ser su vida desde ese momento de lo que en un principio habían planeado para ella.

Capítulo 3

Robb salió rápidamente del camino y se acuclilló detrás de unos arbustos. Algo le decía que aquellos ruidos no podían traer nada bueno. En aquella posición escuchó atentamente.

Al instante, pudo vislumbrar a lo lejos una serie de sombras. Eran cuatro figuras montadas en unas extrañas criaturas. A medida que se iban acercando, Robb pudo distinguir sus formas y su vestimenta. Se trataba de unos seres altos y esqueléticos, con los ojos hundidos en sus cuencas, con bocas excesivamente grandes, de las que salían dientes extremadamente largos y afilados de un color tan zaíno como el de sus casacas. Sus pies (que no tenían ningún tipo de sandalia), no eran tales, sino pezuñas como las de las vacas, y sus manos gruesas tenían seis dedos. Montaban unas criaturas que no asemejaban en nada a ningún animal que el chico hubiera visto en toda su vida). Eran mitad águila (con cabeza pequeña y pico enorme, además de alas plegadas a los costados) y mitad cuerpo de caballo, aunque con patas más pequeñas y gruesas.

Jamás, ni siquiera en las historias que los buhoneros traían de vez en cuando a la aldea, hubiera podido imaginar seres así.

Permaneció escondido mientras los seres se comunicaban con lamentos indescriptibles entre ellos. Entonces, dieron la vuelta y se marcharon por el camino en dirección contraria a la aldea.

Robb, pese al terror que todavía le recorría el cuerpo en forma de descargas eléctricas, decidió volver a casa a avisar a todos. Algo terrible estaba a punto de suceder y él no pensaba mantenerse al margen.